

EL DESAFÍO DE LA RECONSTRUCCIÓN SOCIAL¹

Eloy Rivas SJ*

ABSTRACT:

Today we live in so great a politic and social polarization, that itself fragmented society, hindering the idea of a common future. The actual events have begun first in the constitution of our republican history. Starting from this historic conscience, it is necessary to ease meeting each other and growing in our own personality and in a common overcoming project.

KEY WORDS:

Social rebuilding, history, overcoming, common project, society, fragmentation, meeting

INTRODUCCIÓN

En el marco de estas jornadas, en las que se propone como finalidad el discernimiento desde el horizonte cristiano de una alternativa para el país, se nos ha pedido que ofrezcamos nuestro aporte en cuanto a pensar caminos posibles de adensamiento de los lazos de ciudadanía y convivialidad; de cómo pasar de unos lazos mínimos a unos máximos, venciendo el individualismo y el corporativismo y caminando concretamente hacia el bien común. Dicho de otro modo, qué es necesario que acontezca en Venezuela que asegure una ciudadanía fraterna.

Con ese objetivo, exponemos aquí lo que viene siendo la propuesta del Centro Gumilla y del equipo de profesionales y especialista que hemos convocado para la formulación, desarrollo e implementación, de lo que decidimos llamar “reconstrucción del tejido social”. Lo que presentamos no es más que una síntesis del ejercicio de intelectual de pensadores como Mireya Lozada, Margarita López Maya, Fernando Giuliani, Tulio Hernández, Inés

¹ Propuesta del Centro Gumilla como alternativa superadora de nuestra situación actual.

* Licenciado en Filosofía por la UCAB, y profesor desde años en el ITER. Trabaja en el Centro Gumilla.
Correo-e: eloyrivassanchez@gmail.com

Quinteró, y el intelectual de la casa, Pedro Trigo. Nuestro trabajo ha consistido en agrupar, a modo de compilación, los elementos fundamentales en orden a lo que se nos ha pedido para estas jornadas.

1. ¿Cuál es el problema?

Si construir una alternativa para el país nos está exigiendo a todos pensar como desafío caminos posibles de adenzamiento de los lazos de ciudadanía y convivialidad, partiendo de mínimos aceptables con la aspiración de llegar a máximos deseables que aseguren una ciudadanía fraterna, suponemos que estamos en una situación de tal gravedad que está afectando a la médula misma de lo que nos constituye como sociedad; que lo básico y elemental de la convivencia social no está asegurado sino cada vez más frágil y en riesgo. Y ciertamente que los datos que nos ofrece la coyuntura no pinta otra cosa. Tanto así que incluso para el Centro Gumilla la gravedad de la situación ha exigido un cambio de enfoque. Inicialmente nos habíamos propuesto atender el problema de la polarización política; pero la agudeza de los problemas nos ha obligado pensar en cómo atender lo que parecen ser los efectos de aquella; esto es, la fragmentación social; y cómo apuntalar procesos para su reparación.

La fisonomía del problema al que nos referimos la podemos tener presente, primero, mediante una imagen plástica, que con pocas pinceladas nos pone al corriente de la problemática, o también, en segundo lugar, más complejamente, de una manera descriptiva. Por la primera nos referimos a unas declaraciones que dio el periodista estadounidense Jon Lee Anderson, quien lleva más de 30 años reportando conflictos bélicos en el mundo. Cuando le preguntaron ¿Hay algún paralelismo histórico que sirva para aproximarse a la crisis venezolana?, respondió: Nunca había visto a un país, sin guerra, tan destruido como Venezuela. Es una nación que se despedaza sola, es como mirar a alguien que se está serruchando el piso.²

Además de esta imagen que nos informa metafóricamente sobre la agudeza de la situación, para nosotros, desde el punto de vista social, hay al menos seis indicadores que nos sitúan descriptivamente en la problemática que estamos viviendo.

- 1.1. Estamos ante una sociedad elementarizada: una sociedad enfocada en resolver los asuntos referidos a alimentos, medicinas y seguridad. Nuestro haber personal, nuestro capital social, nuestro tiempo físico y psicológico se agotan en eso. El trabajo ha dejado de ser, en muchos

²<http://prodavinci.com/2015/10/25/actualidad/jon-lee-anderson-nunca-habia-visto-a-un-pais-sin-guerra-tan-destruido-como-venezuela/>

casos, una labor productiva para convertir en una mera acción de sobrevivencia. El conjunto de urgencias que nos tocan atender a diario apenas nos permiten pensar en decisiones a corto plazo. Todo ello como consecuencia produce entre nosotros relaciones tensas y conflictivas que pueden terminar en la ruptura.³

- 1.2. Aunque pueda sonar a referencia común y hasta cierto punto resultar un calificativo unilateral, pudiéramos afirmar como metáfora que estamos ante una sociedad pranzada. Es un término empleado por el P. Alejandro Moreno y que intenta dar cuenta de una sociedad que cada vez más tiene presente en la cotidianidad historias de mafias (bandas organizadas, pranes, carteles, grupos armados, políticos mafiosos, colectivos, bachaqueros). Sabemos y sufrimos historias de las mafias que controlan territorio, imponen ley, cometen crimen y también castigo, crean contra-ciudadanía, pactan con la institucionalidad y hasta controlan cierto nivel de institucionalidad. Cuando no nos tocado a nosotros, sí ha tocado a personas muy cercanas negociar y pactar con las mafias para recuperar el carro, para que protejan o liberen a alguien, para continuar una obra de construcción, para contratar a maestros, para conseguir comida, etc. Esto está haciendo que se naturalice la relacionalidad mafiosa como vía para poder resolver las cosas –normales y coyunturales- de la cotidianidad. Con ello se activan las tendencias a la territorialización, sectorización, y luego, fragmentación. Todo ellos está produciendo el debilitamiento de la figura de autoridad y la difusión del poder.⁴
- 1.3. Estamos ante una sociedad caracteriza por el sufrimiento socio-político y el duelo social. Políticamente estamos en una sociedad caracterizada por un contexto hostil, incierto, que alimenta sentimientos de frustración, desánimo, ira, impotencia y desesperanza. Se buscan salidas pero artilugios legales las trancan. La participación sociopolítica se convierte en un modo de expresión catártico, irreflexivo, beligerante, cuando no bélico. Para un grupo significativo la vía termina siendo el exilio.⁵ Conjuntamente con esto, estamos ante una sociedad cada vez más marcada por pérdidas de familiares, amigos, vecinos a causa de muertes violentas o el exilio. Pérdidas de ideales, fracasos políticos, caída de narrativas, empobrecimiento de las posibilidades estudios, de desarrollo

³ Pedro Trigo, Documental BBC <https://www.youtube.com/watch?v=-22FeI41>

⁴ Alejandro Moreno, <https://www.youtube.com/watch?v=vOhEvicOgFo>

⁵ Un imagen clara de lo que decimos podemos verla aquí: www.youtube.com/watch?v=9aa505yn-aY

profesional. Pérdidas de calidad vida y de haberes personales y familiares. Todo ello hace que cada vez más nos ensimismarnos en nuestros pequeños grupos de sobrevivencia (fragmentación), reflejo claro del corporativismo y del individualismo poco cristiano, y por lo mismo, que se haga cada vez más difícil trascender y salir al encuentro de los otros.

- 1.4. Estamos ante una sociedad militarizada. Con esto no nos referimos solo a ese rasgo que se ha subrayado hasta la saciedad del vínculo cívico-militar, tampoco nos referimos exclusivamente al creciente número de militares que participan en la conducción ejecutiva del Estado. Nos referimos también a que estamos en una sociedad en la que los ciudadanos están estimulados oficialmente a convertirse en “soldado de la patria”, a ser fiel y leal a un proyecto ideológico. Desde estas prerrogativas la participación política está sujeta; torpedeada y hasta criminalizada. Los referentes oficiales comunes van siendo el lenguaje, la cosmovisión y el comportamiento de la guerra. Las identidades políticas se expresan mediante los vínculos sumisión-obediencia; se estimula a los ciudadanos para el ataque; la toma del botín (saqueos organizados); para la defensa. En cualquier caso, el adversario político de lo concibe como el enemigo. Todo ello alimenta entre los ciudadanos la peligrosa acción anti-política.⁶
- 1.5. Como consecuencia de lo anterior, asistimos a la producción de una sociedad en la que se invierten los valores; y no los valores como referentes idílicos, teóricos, que en sí mismo para nosotros no son relevantes, sino aquellas referencias factuales que van determinando las conductas de las personas. Estamos ante una sociedad confundida, sorprendida e interpelada por lo absurdo. Lo excepcional es lo normal; lo paralelo se ha convertido en lo estatal; la paz es la guerra en lo político; La independencia y autonomía es la dependencia; Lo legal es lo mafioso; Lo productivo es el rebusque, el “enchufarse”; La mentira es la verdad (y esto no solo a nivel de medios de comunicación); Cualificarse, prepararse, consiste en abandonar el aula, la universidad, el liceo, porque lo que hay que aprender ahorita es a sobrevivir. Y así podríamos describir otras paradojas.⁷
- 1.6. Todo esto nos lleva a afirmar finalmente que estamos ante una sociedad vulnerable. Esto es, una sociedad que se siente desamparada por parte de la institucionalidad; Una sociedad en creciente proceso

⁶ Ejemplo de lo que decimos lo tenemos en: <https://www.youtube.com/watch?v=eNjyE-fbPT8>

⁷ Podemos ver aquí un claro ejemplo de lo que decimos: <https://www.youtube.com/watch?v=q4gcro-GG88>

de pauperización; y una sociedad en la que se cristalizan relaciones marcadas por el miedo, la actitud alerta-defensiva-reactiva y de dependencia-sumisión.

En cuanto que estos son, a nuestro modo de ver, los indicadores que describen el problema del que padecemos socialmente, estamos análogamente ante lo que el Padre jesuita Martín-Baró, en su intento de analizar la sociedad salvadoreña de los ochenta desde la perspectiva psicológica, describió como trauma social. En un artículo suyo titulado “la violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador, Martín-Baró afirma: desde una perspectiva psicosocial, la guerra [...] se puede definir por tres características: a) la polarización social, intencionadamente buscada por los grupos rivales; b) la mentira institucionalizada, que con el tiempo va alcanzado nuevos niveles; y c) la violencia, que ha pasado de ser preponderantemente represiva a ser mayoritariamente bélica, con la consiguiente militarización del país. Esta situación [...] produce un trauma psicosocial, es decir, la cristalización traumática en las personas y grupos de [...] relaciones sociales deshumanizadas.⁸

Definido así el problema, el desafío está entonces en producir un significativo cambio en las relaciones sociales (estructurales, grupales e interpersonales) tal como hoy se dan en el país. Es necesario trabajar por establecer un nuevo marco para la convivencia, un nuevo “contrato social” en el mejor de los sentidos, que permita la interacción colectiva sin que la discrepancia se convierta en negación mutua; hay que trabajar por un sinceramiento social, que lleve a conocer las realidades antes de definir las, a aceptar los hechos antes de interpretar los; hay que esforzarse, finalmente, por educar en la razón y no en la fuerza, de manera que la convivencia se funde en la complementariedad mutua para resolver los problemas y no en la violencia para imponer la propia alternativa.

2. Hagamos un poco de historia

Siempre ha sido una prerrogativa del Centro Gumilla que no podemos abocarnos al análisis de una situación para hacernos cargo de ella e intentar transformarla sino construimos una mirada histórica, prospectiva, que haga posible comprender la situación no solo en su dinamismo coyuntural, sino también que nos permita ver lo que hay allí de variables más estructurales.

⁸http://portales.puj.edu.co/martinbaro/html_m1_a_m5/modulo_3/unidad%202/material/Psico%20Social%20de%20la%20Guerra%20.pdf

Según nuestra perspectiva, uno de los elementos decisivos, no el único, ha sido la polarización política. Es éste un elemento que con el tiempo se ha arborizado, es decir, se ha transfigurado expresándose de muy diversas maneras y, por lo mismo, en parte, ha producido lo que bien llama Martín-Barón la polarización social; agravada ésta por la crisis socio-económica. Como requerimos de un análisis mucho más complejo de la realidad para poder intervenir transcendentemente en ella, que es lo propio del cristiano, es decir, intervenir hoy con visión de futuro y desde el horizonte preciso de la fraternidad universal, necesitamos comprender que la polarización en Venezuela no es una cosa de ayer y también cómo es el modo propio en que ésta afecta el presente; lo mismo que determinar lo positivo que ha habido entre nosotros para superarla.

2.1. Cambios de elenco en la historia de Venezuela⁹

Compartimos la propuesta de la historiadora Inés Quintero, que no es la primera vez en nuestra historia que se plantea un clima similar en una coyuntura en la cual se ofrece un diagnóstico fatalista referente al pasado inmediato y se postula un cambio radical como remedio para los males del país. Según ella, en cuatro circunstancias claves de nuestra historia podemos advertir situaciones comparables a la del presente: en 1830, al momento de constituirse la República; en 1864, al sancionarse la Federación; en 1899, cuando se da inicio a la centralización y en 1945 con la instauración del sistema político de partidos.

En cada una de estas ocasiones se hizo presente un nuevo elenco en la conducción del proceso político. Valdría la pena preguntarnos entonces, sostiene Quintero, si cada cambio de elenco ha constituido efectivamente una situación de disolución política irreparable que ha conducido a la sociedad venezolana al abismo o si, por el contrario, en cada caso, se ha dado inicio a un proceso de reajustes y reacomodo político cuyos resultados sean la formulación y ejecución de nuevas modalidades de acción política en la conducción del país. Veamos en resumen lo propuesto por ella.

2.1.1. La creación de la República y los capitanes de la Independencia (1830)

La culminación de la Guerra de Independencia y la difícil convivencia en la unidad colombiana, traen como desenlace el ascenso de un personal político distinto al de los promotores del movimiento emancipador. José Antonio Páez, Santos Michelena, Antonio Leocadio Guzmán, Miguel Peña, José María

⁹ Dra. Inés Quintero, <http://www.analitica.com/bitbliblioteca/iquintero/elencos.as>

Vargas, Carlos Soublette, Santiago Mariño, Domingo Navas Spínola y muchos otros que formaron parte de la Sociedad Económica de Amigos del País y ocuparon cargos de primera responsabilidad en la creación de la República, no fueron parte de los fundadores de la nacionalidad.

No era en absoluto un grupo monolítico de experiencias afines ni de capacitación homogénea; sus intereses aspiraciones y expectativas eran diversas, no obstante se constituyen en parte sustancial del equipo que formula y ejecuta la creación del país a partir de 1830. La propuesta del año treinta plantea una ruptura radical con el pasado inmediato, el rechazo categórico a la fórmula grancolombiana y la condena abierta a la hegemonía autoritaria de Bolívar y al centralismo.

Quienes se oponen a la ruptura acusan a Páez de haber traicionado el ideal de Bolívar; los hombres de armas rechazan la hegemonía del llanero y su exclusión de la cosa pública cuando eran ellos los que habían hecho posible el triunfo de la Independencia y los hacendados resentían la orientación económica de liberalismo extremo que afectaba sus intereses. No obstante, quienes asumieron el control de la situación acordaron que, para resolver el destino de Venezuela, era preciso construir un Estado Liberal, a la usanza europea.

Bajo estas premisas y con relativo éxito el proyecto se pone en marcha. Las disensiones son sometidas, la intranquilidad social reprimida, el debate es intenso y las posiciones diversas; sin embargo, el modelo liberal con sus altos y bajos se ejecuta. Es sólo a partir de la ruptura definitiva e irreparable del consenso entre los constructores de la República y del agotamiento del modelo excluyente del liberalismo, que tiene lugar un nuevo cambio de elenco y una nueva situación de incertidumbre producto de los desajustes que ocasiona la Guerra Federal.

2.1.2. La oferta federal y los caudillos (1864)

La derrota de Páez, dictador a destiempo de un gobierno sin soportes y el triunfo de los federales en 1863, heterogéneos en su composición y orientación, ofrece un cuadro aún más complejo que el de 1830. Surge un nuevo elenco político: el de los caudillos triunfadores en el episodio bélico en su mayoría ausentes, hasta la fecha, de la escena política nacional: Juan Crisóstomo Falcón, Antonio Guzmán Blanco, José Desiderio Trías, Francisco Linares Alcántara, Joaquín Crespo, José Eusebio Acosta, Luciano Mendoza, Pedro Manuel Rojas y muchos otros jefes de las tropas federales.

Se trata de un conjunto de hombres cuya experiencia está asociada fundamentalmente a la beligerancia armada al mando de sus particulares

montoneras. Ninguno de ellos goza de especial reputación por su figuración estelar en los años pretéritos. Antonio Guzmán Blanco, hijo del fundador del Partido Liberal, era el único ilustrado y con título universitario de la comparsa federal. Será él la pieza clave en la negociación de la paz.

Es este grupo diverso y de lealtades contingentes quienes asumirán el control del país para ejecutar la oferta federal sancionada en la Asamblea Constituyente de 1864. El planteamiento fundamental es derrotar al centralismo excluyente de las oligarquías liberal y conservadora, extinguir para siempre el autoritarismo de Páez, eliminar el continuismo de los Monagas, extirpar una manera cerrada de conducir el país y propiciar una transformación sostenida sobre la panacea salvadora del federalismo.

El ensayo es caótico. El gobierno no logra armar una base sólida de apoyo, la oposición se expresa nacional y localmente, se les acusa de promover la disolución social y el odio entre las castas. Ocurren levantamientos armados en la mayor parte del país, la federación se ejerce en la práctica mediante la convocatoria a asambleas populares, hay peticiones de revocatoria de mandato, gobiernos provisionales depuestos, mandatarios constitucionales cuestionados, denuncias por abusos de poder, corrupción e irregularidades administrativas; por la prensa se critica al modelo federal, recurrentemente se plantean conflictos de competencia entre poderes locales, estatales y nacionales, es permanente la confusión y los enfrentamientos entre las distintas instancias de poder civil y militar y los recursos son escasos.

La inestabilidad del gobierno y la imposibilidad de armar un mínimo consenso que de paso al ejercicio federal culmina con la salida de Falcón y el triunfo de la Revolución Azul. Dos años más tarde, en abril de 1870, la fragilidad de «los azules» coloca en la dirección del país a Antonio Guzmán Blanco apoyado en las tropas de los caudillos federales. Guzmán les reconoce sus cuotas de poder local y al mismo tiempo ellos convienen en aceptarlo como jefe del poder central. El modelo se mantiene hasta que su fragilidad y agotamiento favorece la incursión de un nuevo elenco: los andinos de la Revolución Liberal Restauradora.

2.1.3. Los andinos y la centralización del poder (1899)

La hegemonía caudillista del liberalismo amarillo es sustituida por el proyecto centralizador y autoritario de los andinos. «Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos» es el lema que sintetiza la oferta del Restaurador. Otra vez una nómina desconocida para la totalidad del país asume el control de la situación: Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, José María

Gómez, José Antonio Dávila, Santiago Briceño Ayesterán, entre otros, se convierten en ejecutores y guardianes del proceso restaurador.

Son hombres provenientes del Táchira, sin experiencia política en la administración central, cuyas trayectorias se circunscriben a las contiendas por el poder en los remotos parajes andinos. El propósito de la nueva administración es desplazar a la «camarilla» excluyente del liberalismo amarillo, romper con el pasado. Para ello es imperativo liquidar el esquema de reparto del poder establecido por Guzmán, sancionar una nueva constitución y adelantar un proceso de reformas que garantice el control político y militar de todo el territorio.

Rápidamente se ejecuta una nueva práctica política, el jefe de la Causa desconoce la hegemonía local de los caudillos, impone a sus colaboradores incondicionales en cada región, se procede al desarme de los enemigos y se inicia la formación de un Ejército Nacional que responda a los designios del poder central. La reacción no se hace esperar. Se condena el estilo político del gobernante. En consecuencia, se promueve una acción cuyo objetivo es desalojarlo del poder. Los más importantes caudillos liberales y nacionalistas se van a las armas.

La derrota de la Revolución Libertadora determina la liquidación política y militar de los caudillos y favorece el afianzamiento de la tendencia centralizadora, su consolidación tendrá lugar durante el período de Juan Vicente Gómez. Los herederos del modelo andino, Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, apoyados en el ejército, no pueden impedir el surgimiento de tendencias proclives a una ampliación de las fórmulas democráticas, sin embargo, herederos de una práctica política excluyente ofrecen resistencia a las demandas democratizadoras de la sociedad. El resultado es el surgimiento de un nuevo elenco que asume como proyecto la materialización de la democracia.

2.1.4. Los Partidos Políticos y la democracia representativa (1945)

Con el golpe del 18 de octubre de 1945 ejecutado por un sector de las Fuerzas Armadas en alianza con un grupo de Acción Democrática se instaura una práctica política sostenida sobre el partido como instancia de participación de la sociedad. Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, Raúl Leoni, Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez, entre otros, serán los responsables de liquidar la hegemonía centralizadora de los andinos.

Este golpe del 1945 en su momento y hasta el presente ha dividido la opinión. Fue rechazado abiertamente por quienes al quedar fuera del control interpretaron el episodio y sus ejecutorias como la materialización de la

arbitrariedad y la ilegalidad. Se trataba de un acto usurpador contra un régimen liberal, llevado a cabo por un grupo de procedencia oscura y promotor de la disolución social. Pero también fue saludado por amplios sectores de la sociedad que vieron en la llamada «Revolución de Octubre» la posibilidad de un reacomodo que permitiría la incorporación de nuevos actores y formas de acción política, una mayor participación, la modernización acelerada de la administración pública, la lucha contra el peculado y la derrota definitiva de las tendencias que impedían la práctica efectiva de la democracia.

La Asamblea Constituyente de 1947 sanciona la nueva Carta que recoge el sentido y orientación de la ruptura cuyo logro más representativo fue la consagración del sufragio universal. El revés del 24 de noviembre de 1948, si bien suspende la oferta y práctica política del episodio octubrista, no logra aniquilarlas de manera definitiva. Por el contrario, el 23 de enero de 1958, reemergen fortalecidas por el auge de masas y la derrota ostensible de los antiguos aliados militares. A partir de esa fecha y con la firma del Pacto de Punto Fijo se consolida la democracia de partidos. Su ejecución estará a cargo del mismo elenco que promovió los sucesos del 18 de octubre. Su perpetuación, sin mayores transformaciones, será responsabilidad de quienes heredan sucesivamente la conducción de los partidos.

Los hechos referidos nos permiten algunas consideraciones pertinentes para la comprensión del momento presente:

- a) Los cambios han estado en manos de hombres de acción, en quienes la audacia, el riesgo, la voluntad política y la irrupción contra el orden establecido son parte entrañable de su vocación de poder.
- b) En cada ocasión, no ha estado presente un plan acabado y preciso que norme la acción. Quienes asumen la conducción del proceso no están precedidos de la elaboración de un programa y una reflexión profunda que atienda la diversidad de aspectos que se espera modificar. Se trata de acciones que pretenden a partir de la experiencia, por la vía de las alianzas, del ensayo y error, atendiendo a las contingencias y exigencias del momento, dar forma y ejecutar el cambio que se aspira adelantar.
- c) En todos los casos la irrupción de un nuevo elenco está asociada a una situación en la cual los síntomas de agotamiento del esquema político existente se expresan en su incapacidad para generar los cambios que demanda la sociedad; e, igualmente, en todos los casos, es inevitable la presencia de un sector que se resiste a la mudanza, descalifica los méritos e idoneidad de los nuevos protagonistas, denuncia sus

carencias, condena su irrupción contra el orden establecido y procura adelantar acciones que impidan el proceso transformador.

- d) Finalmente, cada circunstancia respectivamente, el cambio siempre ha tenido lugar; se construyó una nueva fórmula de ejercicio político. Con mayor o menor grado de conflicto, con diferentes costos, con desenlaces contradictorios, pero con resultados que determinaron la muerte del pasado y el surgimiento de una posibilidad para el porvenir. El ritmo, éxito y permanencia de cada uno de ellos no estuvo en manos de sus propiciadores, ni de sus herederos más conspicuos, ha sido la sociedad venezolana la que en última instancia ha determinado la evolución y el desenlace de cada una de las experiencias citadas, a la hora de avalarlas, pero también en el momento de condenarlas.

Para nosotros hoy día, estas lecciones que ofrece la historia suponen el convencimiento absoluto de la emergencia de un nuevo modelo de convivencia social, la construcción de un liderazgo que lo haga posible y la consolidación de la cultura de la democracia.

2.2. La conflictividad político social del presente

Aunque en sentido estricto la debacle comenzó a hacerse claramente visible en 1983, una vez ocurrido el fenómeno de devaluación conocido como el Viernes negro, muchos especialistas coinciden en señalar que los acontecimientos que se sucedieron en Venezuela a partir del 27 de febrero de 1989 y los días siguiente, conocidos popularmente como el Caracazo, marca el inicio de un proceso de desajuste social, cuya consecuencia más visible ha sido el surgimiento y consolidación de un fenómeno de polarización política que divide al país en bloques aparentemente irreconciliables, dificultando la convivencia social.

Como sostiene el sociólogo Tulio Hernández, este proceso que comenzó entonces vino a resquebrajar de manera definitiva la certeza de que Venezuela era un país económicamente solvente, democráticamente sólido, socialmente pacífico y dueño de un modelo político estable y una inagotable renta petrolera que garantizaban un futuro inevitablemente luminoso para todos sus ciudadanos. El agotamiento de esa especie de cosmovisión que caracterizó las últimas décadas se expresa, según Hernández en al menos cuatro elementos:

Primero: la fractura y cuestionamiento de los imaginarios políticos y sociales -de las más fuertes convicciones-, que el país y sus ciudadanos se habían hecho sobre sí mismos, su economía y su sistema político. Segundo: el colapso abrupto y demoledor del sistema de partidos sobre el cual se edificó el

modelo democrático iniciado con éxito a partir de 1958; Tercero: la emergencia de un nuevo grupo de actores, una nueva clase política, identificados bajo el mote personalista de chavismo, que luego del fracaso en su intento de acceso al poder por la vía del golpe militar lo alcanzó por la vía electoral iniciando su ejercicio con una condena en su totalidad del modelo político anterior, denominado desde el primer día del nuevo gobierno como la Cuarta República, y anunciando la creación de algo absolutamente nuevo, autodenominado la Quinta República, Cuarto: un proceso de confrontación y polarización política con visos de ingobernabilidad, signado por una intensa movilización de masas, brotes de violencia, y prácticas antidemocráticas oficiadas por todos los bandos en pugna. Y, por último, en quinto lugar: el aplastamiento y derrota política, a partir del referendo revocatorio del 2004, de los diversos sectores de oposición luego de los sucesivos y fallidos intentos de interrumpir el mandato presidencial, que ha conducido a la consolidación de su régimen y proyecto político cuya naturaleza, difícil de caracterizar, en el marco de la cartografía tradicional de la política venezolana como en los más recientes desplazamientos del presente latinoamericano y mundial, autodenominado socialismo del XXI.¹⁰

Desde entonces el país se ha visto sumido en una situación de conflictividad resultante del choque entre un proyecto que se ha presentado como un nuevo tipo de liderazgo que se propone romper definitivamente con el pasado, y el intento de resistencia que diversos sectores de la sociedad no articulados bajo un proyecto político común han intentado oponerle. Este estado de conflicto permanente, zozobra reiterada, y “naturalización” de la violencia política, ha significado hasta el presente muertes ocurridas por su causa; la consolidación de una situación de pugnacidad recurrente entre el presidente y distintos sectores; la puesta en práctica por ambas partes de una estrategia de “batalla final” que moviliza la sociedad políticamente; y, lo más importante, desde un punto de vista psicosocial, el secuestro de la psique colectiva, incluyendo los espacios tradicionalmente más neutros políticamente hablando – los de la intimidad y la amistad.

A pesar de la polarización que todo lo permea y por tanto divide incluso las interpretaciones académicas del fenómeno, algunas cosas van quedando claras y generando puntos de consenso al momento de intentar explicaciones. La primera de ellas es que no estamos frente a una crisis política más de las muchas que periódicamente atacan a las democracias en su inestable devenir. Es decir, no se trata de una situación meramente coyuntural, generada sólo por la presencia de un nuevo tipo de actores, prácticas y discursos en la conducción del gobierno ni, como sostiene la explicación oficial, por los desafueros

¹⁰ Tulio Hernández, la polarización política como conflicto cultural, Revista Comunicación, No. 132, 2005.

cometidos por “las oligarquías y el bipartidismo” que dirigió al país en los cuarenta años de democracia previa, o por el sabotaje y la “decadencia política” de una oposición que se niega a abandonar sus privilegios y crear situaciones de ingobernabilidad.

Estamos, por el contrario, como sostiene el Hernández, en medio del forcejeo histórico resultantes de un proceso de ruptura y fragmentación social ocurrido a partir del quiebre de las identidades políticas básicas y los imaginarios sociales que habían operado como sustento cultural y cemento ideológico del sistema político y los modos de convivencia instaurados consensualmente en Venezuela a partir de 1958. Se puede decir que el país atraviesa más que por una crisis política, o mejor, además de una crisis política, por un proceso de transición y ruptura de valores, creencias y representaciones compartidas, de lógicas y modos de percepción que hacen difícil la comunicación y la convivencia entre dos modos distintos de estar en la modernidad, en la política y en el país. Esto producto del ya mencionado colapso del sistema de partidos. El segundo, y concomitante al anterior, el quiebre de las identidades políticas tradicionales como resultado de lo que algunos han llamado desafección partidista. Y, el tercero, causa y consecuencia de los dos anteriores, siguiendo las propuestas de John Magdaleno (2004),¹¹ Alfredo Ramos Jiménez (2002)¹² y Maritza Montero (2002),¹³ el clivaje simbólico que el discurso y las prácticas políticas del proyecto bolivariano y de su conductor, el presidente Hugo Rafael Chávez, han traído consigo al seno de la sociedad venezolana, como señala Hernández.

2.3. Los años dorados de democracia después la dictadura de Marcos Pérez Jiménez

Según nuestra perspectiva, no podríamos concluir con esta visión histórica sin hacer una ponderación de los años de democracia posteriores a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Este elemento nos parece pertinente puesto que nos permite valorar dinámicas también presente en nuestra historia política que nos ponen por encima de una comprensión fatalista unilateral, nos permite hacer justicia a nuestro pasado histórico más reciente y, lo más decisivo, nos permiten tomar conciencia de posibilidad reales de superación de lo negativo y producción de un horizonte alternativo en la construcción del tejido social.

¹¹ Magdaleno, John: “El discurso político del presidente Chávez y su impacto en la opinión pública”

¹² Montero, Maritza: “Crisis política, autoinferiorización y autodeterminación”.

¹³ Ramos Jiménez, Alfredo: “Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada”

Recogemos de un artículo del P. Pedro Trigo titulado “Cincuenta años de democracia. Balance”¹⁴, los elementos fundamentales que nos permiten describir lo positivos que caracterizó esos años de democracia –dejando de lado lo que él considera como sus debilidades- para hacernos una idea de lo que también ha sido posible en la historia de Venezuela y que nos permite pensar con optimismo el futuro.

Para Trigo, la explotación del petróleo a gran escala, a partir de los años veinte, bajo el régimen de concesiones, dotó al estado, dueño de la renta como propietario del subsuelo, de recursos para motorizar la modernización, a la vez que casi determinó su puesto como conductor del proceso, y desató por consiguiente la lucha por su control.

Para llevar a cabo con solvencia este proceso modernizador contaron con la colaboración, que había comenzado en décadas antes, del segmento más profesionalizado, competente y solidario de la burguesía, que ligó su suerte a la creación de un estado moderno, más allá de cualquier gobierno y casi independientemente de todos ellos. Hay que decir que el liderazgo de esta burguesía que actuó en el Estado y no en la empresa privada, posibilitó la siembra del petróleo en el ámbito de la institucionalización estatal desde las obras públicas a la salud, a la vez que contribuyó a la creación de una burocracia estatal eficiente.

Lo que triunfó y llegó a su madurez institucional a partir de 1958, tras el paréntesis de la década dictatorial, fue la modernización basada en la incorporación de las masas a la vida pública, a la política, y desde ahí a la educación popular, la salud, la seguridad social. La educación pública masiva de calidad se implantó con suma rapidez y excelencia como política de un estado democrático, liderizados por partidos de masa.

Este proceso democratizador, mediante la reforma agraria, logró cierta modernización del campo, pero no de los campesinos. Pero sí condujo a su desplazamiento masivos a la ciudad, en la que había servicios, profesionalización, trabajo productivo y una cierta participación en la vida pública. Además, en la ciudad participaron con avidez de la cultura de masas a través de la radio y enseguida también de la televisión, que en ese momento iniciaba una fase muy creativa y hasta cualitativa, de modo que la cultura de masas no equivalió de ningún modo a la cultura masificada, sino que, por el contrario, tuvo su impacto educativo nada desdeñable.

¹⁴ Trigo Pedro, “Cincuenta años de democracia. Balance”, En: Revista Iter Humanitas, Año V, No. 9, Enero-Junio, 2008

Ese pueblo, en proceso de capacitación y consciente de sus derechos, podía participar en condiciones de justicia social en un capitalismo nacional, basado en la sustitución de las importaciones, cuyo árbitro era el estado, promotor por eso también de la burguesía nacional.

En cuanto a lo económico, se puede decir que en esta fase de la democracia el tono de la sociedad no fue rentista, porque la renta petrolera fue considerada como un capital de inversión que dio buenos dividendos. La profesionalización de la masa campesina, la dotación de servicios eficientes y la productividad positiva de la economía privada, conjuntamente con la adquisición de hábitos de producción, de honradez y de responsabilidad cívica, hacen ver que en este tiempo se sembró eficientemente el petróleo en la sociedad venezolana.

Desde el punto de vista político, el gobierno de Betancourt fue el primero elegido por elecciones libre y universales que, al culminar su mandato, transmitió el mando a otro Presidente electo del mismo modo. Su gestión supuso la estabilización de la democracia. El caso del Presidente Leoni también hay un elemento a tener presente y es que fue el primer presidente venezolano que transmitió el mando democráticamente a otro presidente de otro partido, no intentándose fraude y aceptando dejar el poder. El gobierno de Caldera, por su parte, tiene en su haber la pacificación y el indulto a los guerrilleros con la consiguiente incorporación de la izquierda a la vida política.

Desde lo que nos proponemos ante la situación del presente, esos logros deben ser altísimamente valorados. Sus contenidos fueron medulares y frutos de toda la sociedad y hacen de esta época la mejor de nuestra historia. En este tiempo se puede hablar de la constitución de verdaderos y densos sujetos humanos. Pasar del campo a la ciudad, de un trabajo tradicional a un trabajo moderno crecientemente especializado, de un ámbito reducido de oralidad local al profuso intercambio de la ciudad, de no tener voz ni voto a decidir con su voto el destino de la vida nacional, del confinamiento de las regiones a la creación de una especie de cultura nacional, supuso un ejercicio sobresaliente de la condición de sujeto, transformación personal, crecimiento del horizonte vital, de la conciencia de sí, de la autonomía y responsabilidad. En fin, supuso la creación de un cuerpo social personalizado.

3. Caminos posibles de adensamiento de los lazos de ciudadanía y convivialidad

La polarización política y social, en el presente, ha traído consigo un proceso de un continuo debilitamiento de los vínculos sociales expresado en un proceso de fragmentación social y que torna difícil la convivencia democrática e

impide la conformación de una idea de futuro compartido por la mayoría la población. Pero no sólo eso. La visión histórica de la conflictividad política en Venezuela nos pone hoy ante el desafío –y por eso las crisis pueden servir de ocasiones para grandes oportunidad- de transformar desde la raíz dinámicas estructurales que han condicionado nuestro comportamiento como sociedad, y la época dorada de esos años posteriores a 1958, tal como se han descrito, nos hacen ver que esta tarea, aunque titánica, es posible.

Descrito el problema, tanto en su diagnóstico como en sus consecuencias, y teniendo presente esa prospectiva histórica, pensamos los posibles caminos de adensamiento de los lazos de ciudadanía y convivencia desde dos ámbitos fundamentales. Uno, lo pensando más desde lo macro social, que hace posible la consolidación de la ciudadanía, y otro, pensado más desde lo micros social, que apunta a asegurar la convivencia como expresión histórica y situada de la construcción de la fraternidad.

Dado que lo que propondremos son desarrollos ampliamente tratados y publicados en otros documentos, que constituyen la base y el contenido de lo que trabajamos en nuestras propuestas formativas, presentaremos aquí sólo una descripción general de los caminos posibles de adensamiento de los lazos de ciudadanía y fraternidad.

3.1. Desde lo macro social: caminos posibles que consolidan lazos de ciudadanía

Hoy día, dada la situación, lo más efectivo es pensar en los mínimos. Tanto es así que el subtítulo ofrecido para estas consideraciones es partir de los lazos mínimos. Puede resultar un lujo pensar en grandes marcos pues en tiempos de crisis también es verdad que no estamos inmunizados de ensoñaciones sin fundamento. Sin embargo, solo es cristiana una alternativa que ponga la mirada en lo mínimo sin perder de vista los grandes horizontes. Eso es lo que garantiza vivir la cotidianidad, incluso en su dimensión más dramática, de manera trascendente. Por eso necesario es señalar los elementos macros que hacen posible pasar de los mínimos a los máximos.

3.1.1 Cultivo de las dinámicas que propugnó la modernidad recreadas desde nuestros propios parámetros idiosincráticos¹⁵

Hay un aspecto de vieja data en la propuesta del Gumilla, puestos a proponer una alternativa superadora para el país, que pensamos se vuelve hoy

¹⁵ González Fabre, Raúl (2005), La cultura pública en Venezuela. Colección “Temas de formación socio política”. No. 43, Centro Gumilla, Caracas.

más significativa que antes, al menos en lo que respecta a lo que pudiéramos denominar referentes objetivos necesarios para la convivencia social, y que es lo referido a la necesidad que tenemos de transitar procesos modernizadores de los marcos institucionales que garantizan unas sanas vinculaciones sociales.

La modernidad distinguió tres ámbitos de agrupación humana que se diferencian justamente por los mecanismos invisibles que aseguran la viabilidad de los grupos humanos. Estos son la familia, en la que lo determinante en la relación es lo afectivo, pues procura el cuidado de las personas; la sociedad civil, en la que lo determinante en la relación es lo moral, pues intenta asegurar la convivencia entre los grupos humanos familiares vinculados por la vecindad; y, por último, el Estado, en el que lo determinante en la relación es lo institucionalizado, pues hace posible el bien común universal de todos los ciudadanos. Ir de un ámbito de referencia más cercano a uno más universal exige una dinámica de despersonalización. Despersonalización en el sentido de pasar de la consideración de la persona como un individuo concreto a la consideración de la persona como ciudadano.

Algunos señalan que ese proceso no se da en Venezuela. Que no nos entendemos a nosotros mismos fundados sobre un sistema de relaciones institucionales, sino que encontramos lo esencial de nuestra socialidad en relaciones primarias y particulares. El vínculo de compadrazgo y familiaridad priva en todos los ámbitos. Si necesitamos procesar algún requerimiento ante una entidad del Estado, el procedimiento será más expedito si allí tenemos a alguien conocido. Los más formales investigarán siempre si pueden encontrar algún contacto y los más populares preguntarán por algún pana. No hay una sociedad moderna al ciento por ciento. Esa no ha de ser la aspiración. De hecho, hay elementos del paradigma modernos que no son referentes para nosotros porque entran en contradicción sin duda con el paradigma cristiano. Pero la falta de institucionalidad nos puede llevar a implantar modos perversos sociales de cercanía afectiva que atenta con una sana convivencia social y política. La situación actual es muestra de ello. No en vano a aparecido la categoría de enchufado para señalar una manera precisa de vinculación.

Efectivamente hubo avances modernizadores en la política venezolana en los últimos 50 años. El sistema clientelar, por ejemplo, llegó a ser de partidos y no de caudillos, para luego volverse a concentrar en un caudillo; la conciliación –el tristemente satanizado pacto de punto fijo–, fue de élites institucionales y no de familias, sin embargo, permanecieron poderosos los personalismos y esta última etapa de la vida política del país no ha sido la excepción. Hubo también una relativa modernización de las FAN; Elevación del nivel de instrucción de la

población; presencia masiva de los medios de comunicación social y la descentralización política.

Estos avances comportan muchas ambigüedades y la situación actual lo confirma. Algunos pensadores enfatizan también que hay otros rasgos de la disfuncionalidad social que nos colocan a la altura de sociedad premodernas como la clara incapacidad de nuestro sistema económico para producir internamente lo preciso para el bienestar de la población. Hemos seguido confiando nuestro nivel de vida en una renta cuyo rédito están fuera del control nuestro unido al modo como lo administramos.

Pues bien, consolidar el ejercicio de la ciudadanía desde parámetros modernos, implica al menos en lo básico algunas condiciones: a) conciencia de pertenencia a una comunidad política, b) mantenimiento de mecanismo institucionales que hagan posible regular, articular, concretar y negociar la diversidad de intereses presentes en la sociedad; c) conciencia y determinación de la comunidad de una participación libre y disposición a ejercer influencia en las decisiones públicas y e) vigencia de un espacio público de interacción en el que se validen los diversos fines particulares.

3.1.2. Cultivo de la cultura de la democracia¹⁶

La historia del país y el modo cómo nosotros hemos resuelto el conflicto, en el pasado y todavía más agudamente el presente, hacen evidente el déficit de cultura democrática en nuestra sociedad. El futuro del país se juega en el aporte decidido que hagamos en esta dirección. Lo que expondremos aquí, y que para nosotros es un insumo fundamental desde lo que propones como Centro Gumilla, es la propuesta que nos ofrece el P. Pedro Trigo en su libro *Cómo relacionarnos humanizadamente: relaciones humanas entre personas y en la sociedad*. Con el riesgo seguro de malinterpretarlo, destaco lo más relevante de la propuesta. El texto íntegro lo tiene en la obra mencionada.

Cultura de la democracia no equivale a democracia política, a ningún tipo de ella. Es un tipo determinado de cultura o, dicho con mayor precisión, una manera determinada de estructurar un ámbito, de vivir un elemento, dentro de cualquier cultura. Como es un modo determinado de vivir un nivel específico de la realidad, debe abarcar todas las áreas, desde las relaciones familiares, a las escolares, las del trabajo, las de amigos y compañeros, las de participantes de una misma institución, las de convivientes en una misma ciudad, en un mismo país, en un mismo mundo.

¹⁶ Trigo, Pedro, *Cómo relacionarnos humanizadamente: relaciones humanas entre personas y sociedad*, Ed. Fundación Centro Gumilla, Caracas, 2012.

En cada área, la cultura de la democracia sufre una modulación concreta, respondiendo al nivel de realidad en que se relacionan las personas; pero en ninguna debería desaparecer, incluso en las esferas de la economía y la política, que son las más duras. Ahora bien, lo que sí es seguro es que no se manifestará nunca en éstas, si no es esmeradamente cultivada en las demás, que son, por así decir, más flexibles.

Esta cultura, como modo de habérselas con la realidad de una manera determinada que abarca todos los ámbitos, comporta unas características precisas. Tales características no las entendemos como notas yuxtapuestas sino como elementos que componen una estructura dinámica. Como el modo de producción determina el producto, iremos desarrollando los pasos sucesivos, que, componiéndose, forman esta cultura. En el texto se destaca tanto las negatividades que deben superarse como los objetivos transformadores que hay que emprender; se explican las actitudes de fondo que hay que cultivar en cada paso, así como el enraizamiento cristiano de cada uno de ellos y el modo particular como cada paso queda modulado en la relación concreta con el pueblo pobre. En razón de espacio que aquí tenemos sólo nos detendremos en los descriptores generales de cada paso, la actitud que supone y el enraizamiento cristiano.

Primer paso: EXPRESARSE, COMO EX-PONERSE Y PONER EN COMÚN, GRADO MÍNIMO DE PERTENENCIA.

El primer paso que debe dar cada uno de los integrantes del grupo es expresarse: sacar afuera lo que tiene, respecto de lo que se trata o respecto de lo que él quiere plantear. Hay que reconocer que expresarse es exponerse, en el sentido literal de poner fuera de sí, a merced de los demás, lo que se tiene dentro.

La actitud que se cultiva en este primer paso es la de **poner en común los propios haberes**, la de no reservarlos como una ventaja sobre los demás. Quien pone en común lo propio, manifiesta que vive vuelto hacia los otros, abierto a ellos, con una respectividad positiva, poniendo la propia alegría en el bien de ellos, mediante la donación de lo que tiene, puede, sabe, vale y es.

Hay que recalcar que este primer paso o elemento no puede imponerse por el grupo disciplinariamente, como tampoco ninguno de los que seguirán. Si se impone, no se vive la cultura de la democracia ya que el grupo absolutiza sus pautas, relativizando a sus componentes

Los cristianos creemos que Dios realiza su creación por la palabra⁶. Además de esta palabra creadora, trascendente, que nunca cesa de ser dicha,

Dios nos creó para relacionarse con nosotros⁷, y habló de muchas maneras a nuestros padres en cada cultura y tiempo y se hizo entender. Pero lo más decisivo es que su Palabra se hizo carne⁹: un ser humano de nuestra historia para hablarnos palabras humanas, para decírsenos él mismo en palabras humanas y para revelarnos, a la vez, con su vida quiénes somos nosotros y cuál es el destino de lo creado y, en ello, de la humanidad. Por todo eso, un cristiano no puede no ser un ser humano de palabra¹², es decir, que no se retraiga, que hable y que hable palabras de vida verdadera.

Segundo paso; ESCUCHAR A LOS DEMÁS COMO DESCENTRARSE PARA DARLES LUGAR, CONSTITUYE AL GRUPO COMO POLICÉNTRICO E IMPLICA UN ACTO DE FE

El segundo paso es escuchar lo que dicen los demás. Escuchar no es simplemente oír y ni siquiera registrar lo que se va diciendo. Es oír, haciéndose cargo de lo que va diciendo cada uno. No es tan fácil escuchar, porque exige salir del propio horizonte individual y abrirse a la perspectiva de las demás personas; es decir, exige que cada quien no esté juzgando automáticamente lo que digan los demás con el parámetro de la propia postura, tenida implícitamente como paradigma, sino que se abra al horizonte de ellas, tratando de hacerse cargo de lo que quieren decir y de por qué lo dicen.

La actitud que se cultiva en este segundo paso es el descentramiento, el **ponerse en el lugar del otro**. Llegar a esta actitud presupone como actitud previa de renunciar a constituirse como el centro del mundo, relativizarse; sólo así puede darse lugar a los demás, captados y aceptados como otros distintos de sí y con la misma dignidad que uno.

Si Dios habla, el cristiano queda definido como el oyente de la Palabra¹⁸: el que hace silencio de sí para que Dios le hable en la realidad, el que hace silencio de la realidad para que Dios le hable en sí y el que hace silencio total para colocarse ante el misterio. Si la actitud primordial que define al cristiano es esa actitud perceptiva, receptiva, de escucha, no puede no atender cuando se le habla, cuando un compañero habla en el grupo, cuando alguien da su opinión en la institución y la sociedad a la que pertenece.

Tercer paso: DIALOGAR PARA ENTENDER LO QUE SE TRAE ENTRE MANOS Y PARA ENTENDERSE ENTRE SÍ

El tercer paso consiste en tomar entre manos todo lo dicho para hacerse cargo plenamente de ello. Es un ejercicio de expresarse y escuchar, referido a lo expresado y escuchado anteriormente. La fase inicial del diálogo consiste en aclararse sobre lo dicho por cada uno preguntándose mutuamente para que cada

quien pueda precisar lo que dijo. Luego vienen las intervenciones para manifestar lo que se considera más oportuno de lo que se ha dicho y lo que no se comparte.

Este tercer paso es crucial, ya que **dialogar**, exponiéndose cada uno al manifestar lo que uno siente sobre lo dicho por los demás, poder preguntar para aprender y ser capaces también de disentir como compañeros, sin que en ello haya ninguna acrimonia personal, es una muestra elemental del respeto que se debe a cada uno y al grupo.

La actitud que se cultiva en este tercer paso es, pues, el diálogo en el sentido más literal y cabal de la palabra, ya que el vehículo que va y viene entre unos y otros (*dia*) no es otro que la palabra (*logos*), la palabra razonable, portadora de sentido, inquisitiva y crítica, pero también, sabedora de su limitación, la palabra abierta, incompleta, en busca de otras razones y palabras, en busca, sobre todo, de una verdad más cabal. La palabra que busca **entender el asunto** que se trae entre manos y **entenderse entre sí** los copartícipes.

Un cristiano consecuente vive la primera eclesialidad o primera comunión: el conllevarse los hermanos en Cristo en su fe, en su amor fraterno y en su vida cristiana; lo que se llama la comunión de los santos. Esta relación mutua, este conllevarse, es rigurosamente trascendente: en esa relación, en lo que los media, entre ellos, está realmente presente su Señor Jesús. Se considera así mismo pues una persona dialogante porque sabe que el Logos ilumina a todo ser humano que viene a este mundo.

Cuarto paso: BUSCAR UNA POSTURA DEL GRUPO COMO PASO DE LOS YOS AL NOSOTROS

El cuarto paso es el de buscar una postura del grupo. Si se dieron los pasos anteriores, cada uno tiene los insumos suficientes para tratar de hilar, entre todos, un discurso, una toma de posición o una propuesta o un programa, que sean del grupo. Lo fundamental en este paso es que cada uno piense, no como el individuo que es sino, que se asuma como un miembro del grupo, eso sí, un miembro personalizado. Si cada quien está en esa tesitura, y no en la de buscar hacer prevalecer lo propio, no será tan difícil hallar formulaciones del colectivo. Si no se llega a este paso, en rigor no existe grupo en el sentido fuerte de cuerpo social.

La actitud que se ejercita en este cuarto paso es el **paso de cada yo al nosotros**, un nosotros en el que los yos se pierden y a la vez se encuentran. Se pierden en cuanto diferenciación de los demás que nos discrimina de ellos y en cuanto que el todo es realmente diverso a la sumatoria de las partes. Se ganan en

cuanto que el nosotros sigue siendo primera persona y primera persona incluyente porque es plural.

El cristiano participa del mesianismo de Jesucristo y ese mesianismo es un mesianismo asuntivo: el Espíritu lo capacita para que su corazón se anche hasta el punto de que en él quepamos todos. Jesús, al ser bautizado por Juan, pudo confesar sus pecados en primera persona de plural. El apareció no como un individuo sino como un Hermano: el Hermano de todos los pecadores. Si se expresó en primera persona de plural, apareció, no como un yo sino como un nosotros. Por eso, Un cristiano consecuente se expresa como un nosotros personalizado.

Quinto paso: ENCARGARSE CADA QUIEN DE UNA PARTE DE LO DECIDIDO COMO EJERCICIO DE RESPONSABILIDAD INHERENTE A LA PERTENENCIA AL GRUPO

El quinto paso es decisivo: encargarse cada quien de un aspecto de lo decidido. El grupo no llega a ser un verdadero cuerpo social, si se contenta con tomar posiciones a nivel declarativo y no lleva conjuntamente ninguna acción, proyecto o proceso. El grupo, como cuerpo social, se realiza en esa acción social conjunta. Para que lo sea en verdad del grupo, se requieren los pasos anteriores; pero ellos sólo cobran su sentido pleno cuando desembocan en esta realización mancomunada. En el curso de esa acción cada miembro del grupo realiza su condición de miembro personalizado de él, si la realiza consciente y libremente desde su propia genuinidad. Cuando se dan esas condiciones, esa acción personaliza a cada miembro, a la vez que constituye al grupo.

La actitud que se ejercita en este paso es la **responsabilidad**. Llevar a cabo personalmente lo decidido por el conjunto es el ejercicio de la responsabilidad asumida. Lo es en sentido literal porque es la respuesta (en latín *responsa*) personal a lo decidido por el grupo y en el sentido convencional porque es la acción que se mantiene con tesón porque es producto de una decisión consciente y libre. Vivir responsablemente es vivir con una libertad liberada, es decir, capaz de sustentar la acción en cualquier estado de ánimo. Es, además, hacer verdad esa condición de nosotros que se puso a funcionar en los pasos anteriores, ya que, en este caso, responsabilidad equivale a corresponsabilidad.

El Señor Jesús no sólo cargó con todos, sino que se encargó de los distintos problemas que le presentaban o que él veía. No se encargó descargando a los demás. En este sentido no se tragó a los demás, anulando su iniciativa. Por el contrario, su responsabilidad lo llevó a liberar sus mentes y sus corazones para que pudieran hacerse cargo personalmente de sus vidas. Lo que

hizo fue sembrar capacidades: los hizo capaces, según el decir del prólogo de Juan (1,12), de llegar a ser hijos de Dios, responsables como él, capaces como él de afrontar la vida abiertos a Dios y a los demás. Un verdadero cristiano no puede opinar y luego escurrir el bulto: debe responsabilizarse, debe encargarse de lo que le toca; pero debe hacerlo de tal modo que no quite responsabilidades a los demás, sino que, por el contrario, siembre capacidades, además de realizar lo que le toca sólo a él.

Sexto paso: EVALUAR CONJUNTAMENTE LO DECIDIDO Y REALIZADO POR TODOS COMO EJERCICIO DE LA CONDICIÓN DE SUJETO DEL GRUPO Y NO SÓLO DE COLABORADOR

El sexto paso es la evaluación conjunta. Parece obvio que lo que se decidió y se llevó a cabo entre todos, lo tienen que evaluar todos. Quien evalúa se considera y es considerado responsable de lo que se trae entre manos. Incluso, digamos, responsable último. Por eso, la evaluación conjunta es el signo más fehaciente de que todos los que han participado en el asunto, lo han hecho como sujetos de él. O, dicho de otra manera, que el nosotros que proyectó y ejecutó está integrado por todos los miembros del grupo y no sólo por los especialistas y dirigentes.

La actitud que se ejercita en este paso es la **conciencia crítica guiada por los objetivos** propuestos. Se reafirma la trascendencia de la misión del grupo, y se relativiza el propio obrar, tanto como personas como en cuanto grupo. Habrá verdadera evaluación, si el quehacer no ha sido un ejercicio de realización personalista e institucionalista, o, si la determinación de realizar la misión del grupo, en cuanto magnitud trascendente, es más profunda que el afán de autoafirmarse o de quedar bien.

La vida no se deja encerrar en leyes. Por eso Jesús, cambiando de enfoque a la práctica religiosa de su cultura que estaba basada en la observancia de la ley, insta a sus contemporáneos a interpretar el tiempo que les toca vivir. El nombre cristiano de la evaluación es el discernimiento. El discernimiento comprende la evaluación, aunque la supera por dentro ya que la evaluación es un momento ulterior a la realización de un trabajo o de una fase de él, mientras que el discernimiento es un componente de todo el proceso.

Las comunidades cristianas son invitadas a un ejercicio continuo de discernimiento pues, nos mueven diversos espíritus: el de cada uno, el de nuestra familia, el de nuestra generación, el de la institución a la que pertenecemos, el de la ciudad y el barrio en que vivimos, el de la política de los que dominan y de los que buscan una alternativa, el de la institución eclesiástica y el del grupo cristiano. Es inevitable discernir si lo que nos mueve vehicula al

Espíritu de hijos y hermanos o son otros espíritus que nos dispersan o que van en la dirección contraria a la filiación-fraternidad.

Séptimo paso: PROCESAR LOS CONFLICTOS, NO SÓLO PARA QUE LOS OBJETIVOS SE CUMPLAN CON EFICACIA SINO PARA QUE EL GRUPO RESULTE FORTALECIDO Y SE PERSONALICEN LOS SUJETOS

El séptimo paso es el procesamiento de conflictos de manera que el grupo salga fortalecido de ellos como cuerpo social personalizado. Puesto que somos humanos, es normal que surjan conflictos y no deberían verse como una anomalía de la que se debe salir a como dé lugar.

La primera actitud que debe cultivarse para que sea posible superar positivamente los conflictos es el **amor indeclinable a cada persona implicada**, en el sentido preciso de buscar su bien en cada paso del proceso. La segunda es **comprender que la verdad libera**, aunque duela. Esto ha de ser puesto por delante con frecuencia en la cotidianidad cuando todo transcurre normalmente para que vaya entrando en la sensibilidad de cada uno, ya que no es una actitud que esté presente en el imaginario colectivo. La tercera es que, cuando situaciones que se presentan como dilemáticas pueden componerse, hay que hacerlo ver y caminar en esa dirección, ayudando a cada parte a superar su postura excluyente. Cuando sean dilemáticas, hay que hacer ver que, si hay que decidir, optar por una de las dos **no implica descalificar a la persona** que defiende la que se ha desechado y ni siquiera decir que su propuesta no vale. En este punto la actitud que ha de cultivarse es la de combinar el comprender el asunto y comprender las motivaciones de cada persona, de manera que pueda llegarse a que las partes comprendan más integralmente el punto en cuestión y no menos que puedan llegar a entenderse entre sí.

Jesús cargó con nuestras dolencias y quitó nuestros pecados y lo mismo hace con su Espíritu la comunidad cristiana consecuente, contando con que, a diferencia de su Maestro y Señor, ella es, a su vez, pecadora necesitada de rehabilitación. Desde este horizonte procesar superadoramente los conflictos es signo de andar en el Espíritu y no en la ley que juzga, condena y excluye. Este carácter procesual e inevitablemente abierto de la realidad histórica hace inevitable los conflictos. El cristiano no se escandaliza de que los haya. Por el contrario, cuenta con que los habrá. Y por eso la calidad cristiana se muestra en el modo de procesarlos.

Octavo paso: CELEBRAR LOS LOGROS Y LA VIDA COMPARTIDA

El octavo paso es la celebración de los logros y más en general de la vida compartida. Este paso no puede faltar ya que es expresión primaria de la salud espiritual y de la calidad humana del cuerpo social. La celebración pone al descubierto el estado en que se encuentra el grupo. A la vez que, si se realiza con una dinámica trascendente, ayuda a que el grupo crezca como cuerpo social personalizado.

La actitud que ha de cultivarse en este punto es la de **comunión** conjunta con todos los implicados y con la meta que los une y vivifica. Lo que se celebra, en el fondo, es la presencia de la trascendencia en la historia, la presencia de lo definitivo en lo que va fluyendo. Se sabe que los logros son siempre limitados, pero en ellos se expresa algo de la fraternidad trascendente, y los convocados se van encontrado hermanos, en medio de tantas limitaciones y desencuentros.

Como el cristiano sabe que la fraternidad de las hijas e hijos de Dios es, no punto de partida sino de llegada, una llegada provisional, que sólo se mantiene por la acción incesante en el Espíritu de hijos y hermanos, cada logro en ese camino le parece un verdadero milagro, un triunfo de la gracia sobre nuestra tendencia a desmoronarnos cada uno y, por tanto y mucho más, el grupo. Por eso, como sabemos que la gracia de Dios es mayor que nuestro pecado, y descansamos en ella, tendemos a celebrar sus triunfos y además porque hemos experimentado que “la alegría del Señor es nuestra fortaleza” (Neh 8,10).

Nuestra propuesta es que, para caminar hacia la humanidad cualitativa como individuos y como grupos y sociedad, la cultura de la democracia debe impregnarlo todo, no sólo los grupos más específicos y estructurados, como un hospital, un centro educativo, una ONG, una planta productiva o una dependencia ministerial, sino los más permanentes y fluidos, como la familia, los grupos de amigos o el roce diario en la ciudad.

La causa de esta trascendencia estriba en que el modo de producción determina el producto. Si el modo es deshumanizador, lo que salga puede contener, sin duda, aportes específicos objetivados, puede lograr altas dosis de eficiencia en la elaboración de productos o servicios, pero no puede producir desarrollo humano.

3.1.3. La posibilidad de construcción de un horizonte compartido

Superar la crisis y no caer de nuevo en ella requeriría seguir una senda de desarrollo que garantizase en el tiempo la coherencia de los diversos intereses y visiones con ese objetivo. Nada ni nadie puede excluirse y de todos se requerirá.

Hacerlo por consenso va a suponer tiempo, pero implica que los venezolanos construyendo y manteniendo lo básicos de una visión compartida de país, fortalezcamos los lazos que garanticen la convivencia fraterna, y muchos tienen que aportar en la definición de estrategias para superar su propia situación,

Es verdad que la fragmentación social producto de la polarización política ha hecho que sea difícil una visión compartida de país. Si bien durante el período anterior al actual hubo proyectos consensuados, hoy día los venezolanos experimentamos pues esa separación que hace inviable construir una visión común a partir de los proyectos en disputa. Además, por lo que vamos viendo, ambos bandos no hacen más que reafirmarse en el marco de sus propias ideologías sin tener presente al país es su complejidad creciente. Sin embargo, estamos convencido que hay una mayoría significativa que no se siente identificada con ninguno de los bandos y que apostaría a una alternativa superadora.

Por si fuera poco, entre una opción revolucionaria y otra de democracia liberal, por decirlo rápido, nos movemos además en medio de tensiones sociales que tienen como sustrato la situación creciente de pobreza de la mayoría de la población, como lo demuestran las últimas encuestas. Urgirá en el futuro inmediato rápidas medidas de compensación que alivien las cargas de los que menos tienen. Pero esta urgencia no puede ser obstáculo ni impedimento para la construcción de una visión que nos permita superar dinámicas tan presentes es nuestra médula social como la del rentismo económico. Así mismo, hay dinámicas que el chavismo como movimiento político ha trastocado, para bien o para mal, y que requieren ser discernidas y recreadas desde el futuro que queremos para todos.

La única vía posible pues en la Venezuela de hoy es partir de consensos que se logren en la base de la sociedad y no desde las élites, para rebasar tanto la polarización política como la segmentación socio-cultural. Por eso desde el horizonte cristiano y sobre la base de la cultura democrática que antes describíamos, necesitamos discernir, repensar, dialogar, consensuar, sobre nueve dimensiones estructuradoras de la convivencia política y de la vida social. Señalamos su descripción básica y el sentido cristiano que tiene cada misma. Un tratamiento más pormenorizado lo podemos encontrar en un texto publicado por el Centro Gumilla bajo el título "Horizonte para una acción social humanizadora y orgánica; aportes desde una perspectiva cristiana".

3.1.3.1. El fenómeno de la mundialización

Estamos de acuerdo con el horizonte de la mundialización, llamados por otros desde otras referencias semánticas, el fenómeno de la globalización. No

sólo nos parece irreversible sino deseable, ya que es un paso muy significativo hacia la constitución de la humanidad. Pero esta constitución de la humanidad como un verdadero cuerpo social entraña, desde nuestra perspectiva, dos direcciones complementarias, de las que hemos de dar garantía: el fortalecimiento de la densidad de cada individuo, y el afianzamiento de entidades colectivas libres y simbióticas, de toda clase de asociaciones intermedias, además de las redes virtuales. El sentido cristiano que esto comporta es que lo más global sería considerar que el reinado de Dios que nos aconteció en Jesús consiste en hacer de la humanidad la única familia de las hijas e hijos de Dios fundada en el amor.

3.1.3.2. La regionalización latinoamericana y americana

Sólo si nos reconocemos como una región multiétnica y pluricultural que tenemos que vivir en un estado de justicia e interacción simbiótica podremos entrar en la mundialización como una riqueza para los demás. El aporte específico cristiano para entrar en esta época latinoamericana es el cultivo concreto y situado de la fraternidad, al densificar la relación de hermano y hermano entre todas las etnias, culturas y clases sociales, y que incluye insoslayablemente la fraternidad con los pobres.

3.1.3.3. El sistema económico

Tenemos que reconocer que tanto el capitalismo como el socialismo han fracasado. La raíz de este fracaso es que ambos sistemas no hacen justicia a la realidad. El capitalismo absolutiza la libertad y desemboca en una desigualdad intolerable. Por su parte el socialismo, al pretender una igualdad impuesta por el Estado, desconoce la libertad de los individuos. Por tanto, habría que manejar las tres variables: el mercado, las organizaciones sociales, sobre todo, las de abajo, y el Estado, de manera que dieran de sí sus mejores potencialidades y se disminuyeran al máximo los efectos nocivos que sobrevienen cuando alguna de ella se absolutiza: el mercado en el capitalismo y el Estado en el socialismo. El mínimo que debe pretender una economía desde el punto de vista cristiano es que logre satisfacer todas las necesidades de los miembros de la comunidad humana, teniendo a sus componentes en capacidad de trabajar como productores mancomunados y no sólo como consumidores de lo producido.

3.1.3.4. El adjetivo que queremos ponerle a la democracia, lo que éste efectivamente supone y el papel de los partidos políticos.

No creemos que sea viable una democracia basada en la participación directa de los ciudadanos, bien sea mediante constantes referendos, bien a través

de un perpetuo asambleísmo. Creemos que la complejidad de los problemas exige la división de trabajo y, por tanto, la constitución de un cuerpo de políticos y funcionarios profesionales altamente cualificados y comprometidos con su trabajo. Si la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, es lo que debe llevar la voz cantante, esta organización y gerencia, no pueden concebirse como un poder de algunos sobre los demás sino como una delegación de todos, elegida y controlada por todos y también agradecida por todos, una delegación lo más diseminada posible, aunque con unidad de mando y equilibrio de los mandatarios y los departamentos que se ocupan de las diversas funciones.

3.1.3.5. El Estado y su función

El mínimo de un Estado democrático es que sea un Estado civil. No puede ser ni eclesiástico, ni cívico-militar. Tampoco puede ser un Estado plutocrático, por la injerencia del poder económico. Ni mediático, por la injerencia de los que dirigen los massmedia. La visión cristiana del Estado tiene dos componentes complementarios: el Estado no es dios y el Estado es necesario. Ante todo, es imprescindible asentar que el Estado no es la sede del poder, que no se puede absolutizar, que no se lo puede sustantivar y colocar enfrente de los ciudadanos como el verdadero sujeto, el que los puede poner a valer y menos aún como el dueño de la vida y de la muerte.

3.1.3.6. La incorporación de las mayorías populares

Venezuela es inviable si no se acomete, hasta resolverlo básicamente, el problema de la pobreza. Pero en este imaginario ambiental priva la percepción de los pobres como problema político, ya que son fácil presa de los demagogos, o como problema moral, ya que parece denigrante que tantos seres humanos estén viviendo en condiciones infrahumanas. Pero no se ve suficientemente que el problema de la pobreza nunca se resolverá, si no se reconoce efectivamente a los pobres como personas dignas y como sujetos sociales y políticos. El presente no ha demostrado que esto no ha sido más que bandera ideológica. A nivel cristiano la reformulación del espacio público para que en él puedan caber en condición de sujetos privilegiados las mayorías populares está basada en la opción de Dios por los pobres y consiguientemente en que los pobres son el único camino de universalidad concreta, en el sentido de que sólo cuando les vaya bien a los pobres, nos irá bien a todos, sobre todo en nuestra calidad humana, pero también en las demás expresiones de nuestra condición humana.

3.1.3.7. El nuevo pacto social

Dada la fragmentación, está habiendo en el país fuerzas que no sólo piensan distinto, sino que tienen distintos intereses e incluso horizontes vitales y societales, es imprescindible un pacto, puesto que no es viable ni deseable que cada quien viva como le parezca, ni tampoco lo es que un grupo imponga a los demás sus dictados. Como para nosotros lo trascendente de los individuos humanos es su condición de personas, se trata en poner en común haberes propios para constituir cuerpos sociales que se expresen tanto en multitud de asociaciones intermedias como en cuerpos políticos. Estos pactos, tanto acuerdos de fondo, como otros más coyunturales, tienen que ser constantemente rehechos, progresivamente afinados. La inclusión popular participativa es el punto en que el nuevo pacto político-social debe pivotar. Cristianamente hablando, desechamos la victoria de una parte de la sociedad sobre la otra. En cualquier caso, no es esa la paz que vino a traer Jesús a la tierra, eso entraña que tenemos que aspirar a un pacto en el que todos quepamos, un pacto que tenga por sujeto a todo el país y no a la patria ni a la nación, ya que en ellas nunca caben todos, y menos, en igualdad de condiciones.

3.1.3.8. La descentralización participativa

La democratización del Estado pasa por su descentralización. Dadas las proporciones de la mayoría de las ciudades, eso no significa democracia directa, en el sentido de que ciudadanos que tienen su desempeño profesional se dediquen además a lo del común. Es imprescindible la burocracia especializada a nivel local y estatal. Para lograrlo es necesario superar el modelo señorial de ejercer el poder, un modelo no deliberativo ni sometido a responsabilidades administrativas, y hay que modernizar los partidos políticos. La descentralización administrativa es la puesta en práctica del principio de subsidiariedad, que es la actuación de la condición de sujetos de los individuos y los diversos conjuntos, que compuestos configuran al país.

3.1.3.9. El compromiso absoluto por la vida y la cultura de paz

Si el compromiso por la vida no es una decisión incondicionada, no se llegará a superar la violencia enquistada en el cuerpo social y en el imaginario de tantos. Esta decisión implica que, aunque tengamos que preguntarnos por las causas y ver cómo se superan los diversos factores que intervienen en que hayamos llegado a esta situación, nuestro compromiso con la vida no puede esperar a que todo esto se supere, sino que tiene que darse desde ya. Sobre este punto la argumentación es directamente cristiana. La vida es de Dios. Él nos la da. Nosotros tenemos que vivirla con dignidad, pero no podemos disponer de

ella, ni de la nuestra ni de la de los demás. Por el contrario, tenemos que cuidar de la vida, tanto de la nuestra como de la de todos.

3.2. Desde lo micro social: tareas que garantizan una convivencia trascendente

3.2.1. Densificación de los sujetos

En el texto cuyo título es “cómo procesar cristianamente la polarización”, el P. Trigo propone que construir una alternativa a esta situación pasa por la constitución de sujetos densos con libertad liberada, que obren desde su genuinidad y no reactivamente, y la personalización de estos sujetos mediante el establecimiento de relaciones horizontales y simbióticas desde el reconocimiento de los distintos y desde la primacía de los de abajo. Esta tarea la hemos asumido como objetivo estratégico en el Centro Gumilla puesto que nos parece la base decisiva de todo lo anterior que llevamos dicho.

La situación está tan descompuesta que no es el momento de acumular poder para vencer al adversario, ya que una parte del país no puede con el país entero. Tampoco es el momento de descubrir a los culpables y aplicarles el castigo. Eso vendrá a su tiempo; no ahora. Las soluciones estructurales de las que hablábamos antes pasan por la densificación de los sujetos que sean capaces de motorizarlas. Si no encaramos este problema básico, todo lo que se diga quedará en el papel, aun en el caso de que estuviera muy acertado.

La originalidad del mensaje cristiano está en la insistencia de la conversión de la persona que exige el cambio de estructuras. Pues bien, esta exigencia es absolutamente pertinente en nuestra Venezuela actual. Porque estamos repitiendo la historia. La “revolución venezolana” sacralizó la política, en el sentido preciso de la lucha por tomar el poder, que se entendía como tomar el ejecutivo, sin tener en cuenta que la política es una superestructura y que está afinada en elementos prepolíticos, no sólo lo económico sino, más radicalmente, los sujetos humanos.

La solución no pasa simplemente por cambiar de gobierno sino asumir cada quien su responsabilidad. Y para ser capaz de asumirla, capacitarse y, más todavía, hacerse consistente para cargar con solvencia con lo que decide responsablemente, requiere de varias condiciones.

Primera condición: la consistencia humana no se gana sin capacidad de silencio, tanto silencio propio (de intereses, de filias y fobias) para que aflore la realidad, como silencio de la realidad para que aflore a la conciencia todo lo que hay en uno de pulsiones sueltas que buscan satisfacerse y no aceptan ser trabajadas por el principio de realidad.

Sólo si se logra de este modo, tanto una actitud perceptiva y no proyectiva, como una unificación interior, no en torno a la pasión dominante sino para transformar la realidad para que sea expresión de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, se tendrá la densidad suficiente para hablar con peso y obrar creativa y solidariamente. El silencio crea una pausa para no obrar reactivamente sino para elaborar los datos y responder desde lo más genuino de la persona.

Para lograr el silencio ayuda vivir en la naturaleza, entendiéndola no como mera cantera de recursos sino como la matriz, no sólo de la que provenimos sino en la que habitamos. Hay que quedarse en silencio ante ella para percibir sus ritmos y su armonía dinámica e impregnarse de ellos.

Segunda condición: menester es también abrirse a la convivencia humana, no sólo de mi entorno sino con la multitud, no cosificándola sino sintiendo su pulso humano y eligiéndose como parte de ella, y con toda la humanidad, con la que de muchos modos estoy en contacto gracias a la mundialización, considerándome perteneciente a ella y teniendo hacia ella una apertura amorosa, una respectividad positiva.

Tercera condición: Hay que cultivar el diálogo abierto, el estar personalmente con los demás, con lo que hay de reconocimiento mutuo y crítica constructiva y tenemos que fomentar las fiestas, que no se caracterizan por el derroche de cosas sino por la celebración concreta del milagro compartido de la vida. Desde ese habitarse cada quien a sí mismo viene el formar entidades colectivas personalizadas y abiertas.

No podemos resignarnos a no rescatar la familia como la matriz de toda comunitariedad, en la que están presentes los géneros y las generaciones, los papeles personalizados y las relaciones gratuitas encaminadas a la personalización y al crecimiento en los diversos aspectos y a procesar las dificultades y las caídas. Tenemos que reinstaurar el diálogo personalizado, tanto entre los esposos como compañeros, como entre los hijos, como verdaderos hermanos y entre padres e hijos, para que la introducción en la vida sea lo más horizontal y mutua posible, de modo que todos aporten y aprendan.

Cuarta condición: hay cultivar las relaciones de convivialidad entre vecinos y de todo tipo de asociaciones de intereses, que siempre tienen que ser abiertas y lo más personalizadas posible.

Estas condiciones hacen posible el cultivo de la libertad liberada que nos hace densos y desde esa trama de comunidades, grupos, asociaciones y organizaciones, podrá enderezarse la política, que, sin embargo, tiene que tener su puesto y su densidad. Si no, no hay sujetos ni humus, es decir, tierra fértil,

para que la política vaya más allá de consignas vacías y de intereses de grupos, más allá de la compulsión por mantenerse en el poder, porque en realidad, más allá de palabras altisonantes, no es más que el medio de vida de los políticos profesionales.

Pero desde estos sujetos densos y esta asociatividad proactiva, la política sí tiene sentido y es necesaria. No puede proporcionar, como lo proclamó la revolución, la felicidad ni ningún bien definitivo; pero es imprescindible para lograr mínimos estables de convivencia digna, que pueden ir ampliándose hasta cierto punto y que tienen que ir rehaciéndose siempre.

3.2.2. Construcción de espacios de encuentro locales para la expresión de la diversidad socio-política, discusión compartida sobre las potencialidades y problemáticas y construcción colectiva de caminos superadores.

3.2.2.1. Dinámicas superadoras en el ámbito local.¹⁷

En el contexto en el que estamos, la búsqueda de una solución política requiere, entre otras cosas, la despolarización social. Esto sólo es posible mediante la construcción de espacios de encuentro locales donde se exprese de la diversidad socio-política, haga posible la discusión compartida sobre las potencialidades y problemáticas y permita la construcción colectiva de soluciones.

Estos procesos locales contribuirán a la despolarización pues permitirán: a) Superar los estereotipos que se han construidos, b) evaluar los elevados costos personales y colectivos del conflicto, c) adelantar un proceso de concientización y desideologización que conlleve a una aceptación crítica de los propios errores y una imagen más realista del grupo opuesto.

Respecto a superación de los estereotipos, la posibilidad de resquebrajamiento de la mutua percepción peyorativa entre los “enemigos”, incluye la conciencia de las deficiencias de la postura polarizada. Reconocer matices sobre la propia imagen y la diferenciación entre posturas extremas, rígidas y flexibles en el propio grupo, provoca la percepción de matices y modificación parcial de la imagen del “enemigo”. Las diferencias observadas en el extremismo de posturas de unos y otros ofrece la posibilidad de constatar que “ni todos nosotros somos así, ni “ni todos ellos son de la manera opuesta”.

En cuanto a la Evaluación de los elevados costos del conflicto: El sufrimiento personal y colectivo ofrece una nueva mirada a la realidad de los

¹⁷ LOZADA, Mireya. (2016). Despolarización y procesos de reparación social: los desafíos de la convivencia en Venezuela. Fundación Friedrich Ebert Stiftung, Caracas.

hechos: se empieza a ver el conflicto desde la perspectiva de sus costos más significativos, lo que lleva a sopesar de nuevo la propia postura política y su viabilidad práctica. En este proceso influyen tanto factores de la propia persona, como del grupo referidos a: claridad ideológica, grado de implicación o compromiso y alternativas que se tienen.

En cuanto a la concientización y desideologización: No se trata, que los grupos y personas abandonen su postura. Se trata de desideologizar el análisis de la realidad, de no reducir todos los hechos y comportamientos al esquema dicotómico: nosotros-ellos, sino de encontrar puntos de coincidencia, mínimos acuerdos entre ambos, que favorezcan el diálogo y la negociación, antes que la destrucción mutua. Diálogo que comienza con uno mismo, desde el cuestionamiento de la propia postura, y luego con el propio grupo, a fin de que la nueva conciencia no sea interpretada como una deserción o traición.

Además de lo dicho, algunas recomendaciones útiles que faciliten estos procesos y se generen claves que pueden contribuir a la despolarización:

- La participación de diferentes grupos, sin exclusiones, en las actividades de encuentro o colaboración, buscando la afirmación personal y colectiva.
- La búsqueda de espacios y objetivos comunes, la ruptura de barreras físicas o psicológicas de forma recíproca, mediante un proceso que favorezca el restablecimiento de la confianza.
- La relación entre grupos que tengan elementos de auto-identificación mutua, y que puedan contribuir a superar los estereotipos sobre el otro grupo (por ejemplo, jóvenes, mujeres, etc).
- Reivindicar la convivencia fundada en la complementariedad mutua para resolver los problemas y no en la violencia que impone la propia postura.
- Evitar movimientos de venganza que impiden gestiones conciliadoras.
- Partir de un programa mínimo realizable y no de la máxima exigencia.
- Especificar demandas y evitar una escalada de ellas.
- Respetar reglas de decisión consensuadas
- Cambiar la imagen del juego suma cero al acuerdo posible: todos ganan cuando se coopera.
- Cambiar la idea a transmitir: no es eliminar el conflicto, sino asumir una visión más realista y constructiva del mismo.
- La búsqueda de soluciones desde posiciones menos mediatizadas y polarizadas.
- Legitimar voces que tengan credibilidad y reconocimiento en los dos polos.

- Promover y difundir experiencias positivas de reencuentro, diálogo o debate entre sectores opuestos políticamente.
- Construir nuevas metáforas y discurso mediáticos (reales y virtuales, públicos, privados y comunitarios) no polarizados.

3.2.2.2 Procesos de reparación social

Un proceso de reconstrucción social no puede dejar de lado la tarea de brindar atención a las necesidades de las víctimas de la violencia sociopolítica, sabiendo que “nada puede reemplazar a los familiares muertos o reparar el dolor de las víctimas. En tal sentido, trabajar con sobrevivientes de la violencia política supone enfrentarse con un problema intratable. Pero una sociedad fracturada por un conflicto violento debe enfrentar las consecuencias de esa violencia, apoyar a las víctimas o sobrevivientes, y reconstruir las relaciones sociales.

La reparación social, proceso simultáneamente sociopolítico y psicosocial, persigue atender el impacto de la violencia y luchar contra sus causas, incentivando o acompañando iniciativas sobre memoria, justicia y reconstrucción del tejido social fracturado por el conflicto.

En el campo de la defensa de los derechos humanos se habla de la “reparación” a las víctimas como una forma de mitigar su sufrimiento y reconocer sus derechos. Por reparación se entienden diferentes medidas con distintas orientaciones: compensaciones económicas y educativas, programas de atención médica o psicológica, conmemoraciones y medidas simbólicas, o garantías de no repetición, entre otras, como sostiene (Martín Beristain, 2011: 92).

Estos procesos a la par de atender el sufrimiento individual, también enfatizan el carácter colectivo de la herida causada por la vivencia prolongada de la violencia socio-política y formula un llamado a trascender la visión patológica individual, al considerar a los afectados como “víctimas” de trastornos psicológicos o físicos, la cual desconoce las realidades históricas, culturales y políticas que supone la experiencia colectiva de la polarización y la violencia.

Así, en cuanto se trata de un *trauma psicosocial*, Martín-Baró (1988) refiere una herida que afecta a las personas pero que ha sido producida socialmente, es decir, sus raíces no se encuentran en el individuo sino en la sociedad, y su misma naturaleza se alimenta y mantiene en la relación entre el individuo y la sociedad, a través de diversas mediaciones institucionales, grupales e incluso individuales.

La falta de mecanismos de participación de los distintos sectores sociales en los procesos de resolución de conflictos conlleva el establecimiento de agendas políticas que ignoran las demandas reales de la población. Debe ser la propia sociedad en conflicto la que articule y debata las vías por las que deben enfrentarse los problemas y que todos aquellos procesos gestados de espaldas a la población, tarde o temprano generan graves costos sociales. Es necesario apoyar pues todas aquellas estrategias que entiendan a la sociedad como sujeto fundamental de los cambios. Los actores políticos deberían ser agentes capaces de plasmar en acuerdos esas iniciativas surgidas de la sociedad en conflicto.